

DESCUBRÍ Y RECONOCÍ A MI MUJER

El creyente filósofo argentino Alberto Caturelli relata en su libro autobiográfico “La Historia Interior”¹ el primer encuentro con su esposa Celia, o el descubrimiento de la que sería su esposa, y cómo considera, iluminado por su fe, ese encuentro, el reconocimiento y la mutua elección matrimonial, como una obra de la Providencia divina, en donde convergen las libertades humanas y la de Dios, sin que la voluntad divina fuerce a las voluntades humanas.

¿Están los esposos predestinados el uno al otro? ¿Una predestinación del uno al otro no anularía las libertades? La elección matrimonial es resultado de un consentimiento mutuo de dos libertades. Pero la libertad humana – y esto es un misterio – no escapa a la Providencia divina. ¿Cómo puede intervenir la voluntad divina, en su Providencia universal, en este acuerdo de dos libertades sin disminuirlas? Cuando los dos están en gracia, sus libertades están de acuerdo entre sí y con la divina. El Dr. Alberto Caturelli nos narra el hecho así:

“Dice Santo Tomás que la Providencia llega hasta donde llega el acto creador. Y el acto creador *done* el acto mismo de existir. Por tanto, mi propio existir es providencial, como lo es el acto de ser de mi prójimo y de todo ente. Sí. Esto enseña la filosofía, aunque siempre permanezca el enigma del sentido de mis actos libres, de mis encuentros personales, de los secretos, secretísimos actos de nuestra vida interior.

Sí. Esto enseña la filosofía. Pero si vivimos la vida de la gracia, a inconmensurable distancia de la mera naturaleza, entonces nuestra vida es asumida, en su mismo ser e instante por instante por el misterio del amor de Cristo. Mi vocación, mis encuentros, personales, mis pruebas más dolorosas, mis alegrías más profundas, constituyen el encuentro misterioso de la libertad y la gracia. Si en el plano natural *nada* escapa a la Providencia, en el sobrenatural *nada* se evade del misterio; en este caso, del misterio de la Encarnación que nos hace re-nacer con el ser nuevo donado por el Bautismo. *En ese instante misterioso, más interior que la misma interioridad del alma cristiana, el Señor del castillo² me hizo descubrir y re-conocer, en mayo de 1948, a quien sería, conmigo ‘una sola carne’, en el estado nuevo del matrimonio. Encontré a Celia, mi mujer, egresada como yo de Filosofía, en la biblioteca de la Facultad donde hacía poco había comenzado a trabajar. Después de una larga conversación que mantuvimos, me despedí, bajé por el ascensor, salí a la calle y, caminando lentamente, sentí una especie de estupor, mientras me decía a mí mismo: he conocido a mi mujer. Se trató de una suerte de intuición llena de un temor expectante e inexplicable y de una certeza: yo no la merecía y sigo sin merecerla después de cincuenta años.*

Limpia como un cristal, equilibrada como balanza de precisión, serena en los momentos difíciles, inteligente y racionalmente lógica; es como lo opuesto de su marido que guarda la argumentación racional y la reflexión persistente... para la soledad contemplativa, la clase o los libros que escribe, pero lleno de impulsos irracionales, ‘corazonadas’ y actos absurdos movidos por la pasión. Ella pone el equilibrio, calma el torbellino y encauza el fuego encendido. Corazón recto y amante hasta el fondo, sin perder el equilibrio; su afecto es efectivo y su efectividad es afectuosa. Amplísima cultura, voluntad tenaz, franqueza total y, por eso, expuesta a ciertos peligros; hay en mí un ineludible doble fondo, una suerte de protoconciencia que jamás sale a la superficie y queda guardada bajo llave; Celia es toda claridad, sin doble fondo, testimonio de una sabiduría humana sin fisuras. ¿Qué haría yo sin ella? ¿Qué haría yo con este subterráneo río incandescente de mis pasiones?

¹ Alberto Caturelli *La Historia Interior*, Ed. Gladius, Buenos Aires, 2004, pp. 55-58

² El Dr. Alberto Caturelli se refiere a la alegoría del castillo que utiliza Santa Teresa para describir el camino del alma hacia la interior unión con Dios. La cursiva de este párrafo es nuestra.

Cuando nos conocimos, era yo un joven de apenas veintidós años. Los dos no deseábamos otra cosa que un matrimonio fiel. Así como Cristo es fiel a su Esposa con fidelidad perfecta, queríamos ser uno del otro con fidelidad participada. Queríamos amarnos, queríamos aprender a amarnos (aprendizaje que todavía no ha concluido ni concluirá jamás) y edificar una familia ‘con todo’ cuyo mismo centro fuera el amor de Cristo.

Medité largamente el libro del Padre Raoul Plus, *el amor cristiano*, cuyos márgenes llené con mis notas de letras microscópicas. Cuando nuestros hijos – esos ocho misterios – se hicieron grandes, leyeron aquel libro y se lo pasaron entre ellos. En este momento, ya no sé quién lo tiene. [...]

Precisamente en esos años – el noviazgo duró tres – y pensando en la estrecha unión y distinción que debe haber entre la razón y la fe, entre la vida y la inteligencia y el orden sobrenatural que admiraba y admiro en Santo Domingo de Guzmán y Santo Tomás de Aquino, ingresamos en la Tercera Orden dominicana. [...]

Nos dedicamos a prepararnos para el nuevo estado. Nos casamos el 27 de diciembre de 1951, en la Iglesia del Colegio de los Padres Escolapios, donde yo era profesor. Aunque entonces no se estilaba, nos casamos por la mañana con Misa y Comunión. Era y es la conmemoración de San Juan Evangelista. Esa tarde, el fraile dominico que había bendecido nuestro matrimonio, bendijo nuestro hogar. Habíamos comenzado nuestro propio camino.

Todavía no he salido de mi sorpresa de mayo de 1948 y, hoy, no ceso de rogar a Dios que, más allá de esta vida, nos una para siempre en la morada que nos tiene preparada desde antes de la creación del mundo.